

DON QUIJOTE. DOLOR, INDIVIDUALIDAD Y DESTINO

Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Nos lo recuerda Italo Calvino: “un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir”.¹ En el caso de *El Quijote* se cumple con creces el aforismo. Vuelven su mirada a la obra de Cervantes historiadores, psicólogos, sociólogos, filósofos, críticos de arte y, de manera especial, claro está, escritores y críticos literarios. Por poner un ejemplo, la extendida opinión de considerar a don Quijote como una metáfora, un símbolo, de la libertad y del idealismo enfrentado al pedestre pragmatismo personificado por Sancho y como un mito enraizado en el verdadero ser de España tuvo su origen en el romanticismo alemán de donde pasó a los estudios históricos y literarios franceses, hasta llegar a España; así lo muestra el documentado estudio de Anthony Close;² aún pervive esa concepción de *El Quijote*, como es el caso de Enrique Gil Calvo,³ que sostiene la idea de que en la ideología española se dan dos formas de eludir la realidad, nihilista una, la de don Juan, idealista otra, la de don Quijote. Por mi parte, sin pretender ofrecer una nueva interpretación de la obra cervantina ni seguir la senda de quienes ven en ella y en el personaje un complejo mito de lo español, quisiera llevar a cabo un acercamiento, más que descuidado, poco transitado por los estudios cervantinos; me refiero a la manera que tiene don Quijote de encarar e interpretar las diversas y numerosas ocasiones dolorosas en las que se encuentra.

No sólo los lectores de *El Quijote*, también aquellos que únicamente lo conocen de oídas tienen grabadas en la memoria escenas en las que el Hidalgo de la Mancha recibe golpes y cuchilladas, cae del caballo o de una pedrada se queda sin algún diente; la más conocida, sin duda, es la de los molinos de viento. Veamos algunas de esas escenas. En el capítulo III, después de rogarle al ventero, que él cree señor del castillo, pues como tal tiene a la venta, que le arme caballero, debe pasar la noche velando sus armas; estaban sobre una pila, a un par de arrieros se les ocurrió retirarlas para dar agua a sus recuas, al ver esta afrenta, don Quijote, que les había prevenido no tocarlas, a los dos les dio sendos golpes en la cabeza. Cuando el resto de los arrieros vieron por el suelo a sus compañeros, “comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga [escudo de piel] y no osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas”. Daba voces el ventero para que no siguieran arrojando piedras, daba voces don Quijote amenazante contra los arrieros. Al fin, cesaron las pedradas. Como si de su sino se tratara y que le fuera a acompañar a lo largo de su caballescía singladura, justo cuando está a punto de ser nombrado caballero por el alcaide del castillo, es cuando recibe su primer baño de piedras.

De regreso a la aldea para hacerse con algunos dineros, el ventero-alcaide le había ordenado que no podía ir por el mundo sin ellos ni camisas limpias, se encuentra con unos mercaderes a los que conmina por la orden de caballería, que confiesen que Dulcinea del Toboso, Emperatriz de la Mancha, es la más hermosa doncella del mundo; pronto vieron su locura. Uno de ellos, un poco burlón, le pidió que para confesar lo que pedía, bueno sería que les mostrara su retrato; se enoja don Quijote, arremete con la lanza al mercader, pero “cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo; y, queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y, entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo: ‘Non fuyáis, gente cobarde; gente cautiva, atended que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido’. Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bienintencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas” (cap. IV). Esta vez fue la caída de Rocinante que dio con él en el suelo; de nuevo da una muestra de su intrepidi-

dez, inerme e impedido todavía increpa a los mercaderes, provocando la ira del mozo, quien rota la lanza en pedazos, “comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera”.

La primera aventura que le ocurre al Caballero en su segunda salida, acompañado ya por Sancho, es la más conocida e ilustrada, “la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento”, los tiene por gigantes. “Arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo” (cap. VIII). Sancho, que había acudido a auxiliarlo, le dice que ya le había prevenido acerca de su condición de molinos y no de gigantes, a lo que le responde don Quijote, “calla, amigo Sancho, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene”.

Al día siguiente, después de hacer de un ramo seco una lanza, se enfrenta con unos frailes de San Benito creyéndolos “encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche”. Va contra los frailes, uno de ellos se deja caer de la mula en la que iba, el otro huye, Sancho le quita los hábitos al que estaba en tierra, sus criados le apalean, en tanto don Quijote le presenta sus respetos a la dama a la que en pago del beneficio que le hizo le pide que se vuelva al Toboso y dé cuenta a Dulcinea de su hazaña. Un criado suyo, vizcaíno, se enoja con él porque les dice que tienen que dar la vuelta, se enzarzan en una pelea (cap. VIII), a resultas de la cual, como dice Sancho “le va mucha sangre de esa oreja” (cap. X).

Tras su encuentro con los cabreros y conocer la historia de Grisóstomo y Marcela, de nuevo quedan solos don Quijote y Sancho. Llegaron a un prado donde pasar la hora de la siesta, Sancho dejó sueltos a su rucio y a Rocinante; el jamelgo se fue hacia unas yeguas, “en deseo de refocilarse”. Los yangüeses que las atendían “acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo”. Viendo el Caballero cómo trataban a su caballo, fue contra ellos y alcanzó a darle una cuchillada a uno, entonces, los arrieros “que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos,

acudieron a sus estacas y, cogiendo a los dos en medio, comenzaron a menu-
dear sobre ellos con grande ahínco y vehemencia” (cap. XV).

Llegan maltrechos a una venta, donde los acomoda en un cobertizo en el
que también está aposentado un arriero. Este se había concertado con una
moza de la venta, Maritornes, “que aquella noche se refocilarían juntos”. Cuando
a la hora convenida llega Maritornes al cobertizo, la oye don Quijote y, cre-
yendo que es la hija del señor del castillo, que se había enamorado de él, la
sujeta con fuerza; el arriero, que sintió estos movimientos, se acerca silenciosa-
mente a donde estaba don Quijote, “como vio que la moza forcejaba por desasirse
y don Quijote trabajaba en tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el
brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del
enamorado caballero, que le bañó la boca en sangre; y no contento con esto, se
le subió encima de las costillas y con los pies más que de trote se las paseó
todas de cabo a cabo” (cap. XVI).

No acaban aquí las desdichas de don Quijote de esa aciaga noche, pues al
ruido de los golpes acude un cuadrillero de la Santa Hermandad que también
estaba en la venta, oye cómo están hablando Sancho y don Quijote, este “se
estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado”, y le
dice al amo “pues, ¿cómo va, buen hombre?” Ofendido don Quijote de que se
dirija a él en términos, “buen hombre”, propios de un inferior, le afea su mala
educación, es así como “el cuadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre
de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y, alzando el candil con todo su aceite,
dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descala-
brado” (cap. XVII). A la mañana siguiente, unos bromistas mantean a Sancho
porque no habían pagado. Don Quijote, tras estas calamidades, dice “ahora
acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta que es encantado sin
duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué
podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo?” (cap. XVIII).

A continuación, se encuentran con dos rebaños que don Quijote ve como
dos ejércitos que se van a enfrentar; galopa hacia uno de ellos y, lanza en ristre,
acomete a las ovejas. Los pastores le dan voces para que deje aquella carnicería,
“pero, viendo que no aprovechaban, descñéronse las hondas y comenzaron a
saludalle los oídos con piedras como el puño. [...] Llegó en esto una peladilla
de arroyo y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose

maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o malferido y, acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela a la boca y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo”. Los pastores huyen apresuradamente y Sancho llega corriendo a donde está tendido su amo, viendo su estado cree que está herido de muerte, “pues vomita sangre por la boca”. Medio repuesto, lamenta don Quijote la pérdida de dientes, “porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante”. De nuevo cree don Quijote que ese sabio enemigo suyo “envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas” (cap. XVIII).

Después del éxito de la aventura de los encamisados y la del yelmo de Mambrino, se encuentran con una cadena de prisioneros condenados a remar en las galeras del rey. Don Quijote, que no sufre ver a gente forzada contra su voluntad, los libera y les pide que vayan a dar cuenta a Dulcinea de su aventura. Se niega Ginés de Pasamonte a cumplir la demanda, le insulta don Quijote, “viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y, apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela; [...] No se pudo escudar tan bien don Quijote, que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fue sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza y dióle con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedazos” (cap. XXII).

Tampoco le fue bien a don Quijote con Cardenio, el despechado enamorado que vive como salvaje en el bosque. Contando la historia de su vida, Cardenio, interrumpido por don Quijote al haber aludido a Amadís de Gaula, afirma que Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima; no consiente el Caballero de la Triste Figura esa malicia y trata de bellaco al enamorado, al que “pareciole mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto a sí y dio con él

en los pechos tal golpe a don Quijote, que le hizo caer de espaldas” (cap. XXIV).

Es en estos parajes de Sierra Morena, donde el ilustre manchego decide, al modo de otros caballeros, hacer penitencia por su señora; no porque ella le haya hecho algún agravio, sino porque “ahí está el punto y ésa es la fineza de mi negocio, que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto ¿qué hiciera en mojado?” Sancho, testigo de la penitencia de su señor, deberá dar cuenta de cómo queda su amo, “desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales y luego sin más ni más dio dos zapatetas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco” (cap. XXV).

De regreso a la venta en la que le habían molido las costillas a don Quijote, Maritornes y la hija del ventero, disimulando su voz, le piden, él como buen caballero se había quedado velando la noche, que meta su mano por un agujero para poder acariciarla; como estaba alto, don Quijote se pone de pie sobre Rocinante. Una vez metida la mano, se la atan y no puede moverse, procura que el caballo esté quieto, pero, moviéndose un tanto Rocinante, “cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo, cosa que le causó tanto dolor, que creyó o que la muñeca le cortaban o que el brazo se le arrancaba. Porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque, como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo, bien así como lo están en el tormento de la garrucha, puestos a ‘toca, no toca’, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor, con el ahínco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco más que estiren llegarán al suelo” (cap. XLIV). Vuelve don Quijote a achacar este suceso a cosas de encantamiento.

En la Segunda Parte, son menos frecuentes pasajes de este tipo. En el capítulo XXVII, debido a la imprudencia de Sancho, que imitó el rebuzno de un burro delante de los vecinos de un pueblo que estaban ofendidos porque los

tachaban de rebuznar bien, la emprenden a pedradas contra Sancho y don Quijote. En el capítulo XXIX, después de desbaratar un barco porque don Quijote confundió un molino de trigo en una isleta del río con un castillo en el que tenían a una persona prisionera, da el primer grito de desaliento, “yo no puedo más”. Situación que se repite cuando una manada de toros pasan por encima de caballero y escudero, don Quijote había desafiado a todo el que pasara por aquel camino a que confesase que “a todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras de estos prados y bosques, dejando a un lado a la señora de mi alma Dulcinea del Toboso” (cap. LVIII). No repararon los toros en tales amenazas.

Previamente, estando en la casa de los duques, un gato que por la noche habían introducido en su habitación, al que don Quijote tomó por algún otro encantamiento, “le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo” (cap. XLVI). Unos días después, la duquesa y una doncella, que escuchaban detrás de la puerta del aposento donde dormía don Quijote cómo la dueña doña Rodríguez le dice que su señora, la duquesa, tiene úlcera en las piernas, “abrieron las puertas del aposento [...] los callados verdugos acudieron a don Quijote y, desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan a menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse a puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, salieron las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas y, gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra a don Quijote, el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo” (cap. XLVIII).

Una particular y desconcertante escena, puesto que en ella el escudero levanta la mano contra el señor, tiene lugar cuando apremiado por don Quijote Sancho a que se azote —Merlín había declarado que Dulcinea quedaría desencantada cuando se diera Sancho determinado número de azotes, todo una broma de los duques—, “se puso en pie y, arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido y, echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba, púsole la rodilla derecha sobre el pecho y con las manos le tenía las manos de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía: ‘¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves?’. ‘No quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino

ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado” (cap. LX).

Pero, por muy dolorosas que fueran las situaciones enumeradas, ninguna lo fue tanto como la derrota que le infligió el Caballero de la Blanca Luna. Un vecino de don Quijote y Sancho, el bachiller Sansón Carrasco, disfrazado de tal caballero, desafía a don Quijote, le conmina a que confiese que su dama es más hermosa que Dulcinea. Si no lo admite, pelearán; en caso de que le venza, “dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego” (cap. LXIV). Venció el Caballero de la Blanca Luna y don Quijote tiene que cumplir los términos del acuerdo. Cuando se despide de Barcelona, mira hacia la playa, donde había sido la pelea, y dice, “¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias, aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas, aquí se oscurecieron mis hazañas, aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse” (cap. LXVI). Es el inicio del final de don Quijote. Todavía, antes de llegar al pueblo, una piara de cerdos “sin tener respeto a la autoridad de don Quijote, ni a la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho y derribando no sólo a don Quijote, sino llevando por añadidura a Rocinante” (cap. LXVIII).

Hasta aquí, el bosquejo de las varias experiencias dolorosas por las que atraviesa don Quijote; no nos extraña, entonces, la afirmación de Dostoievski, “*El Quijote* es el libro más grande y más triste del mundo”.⁴ Antes de pasar a su interpretación, haré un breve apunte sobre el dolor.

La subcomisión de especialistas en el tema, a la que la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor (IASP) le encargó una definición del dolor, concluyó: “es una experiencia sensorial y emocional desagradable relacionada con el daño real o potencial de algún tejido o que se describe en términos de tal daño”.⁵ Con todas las insuficiencias propias de una definición, contiene,

sin embargo, varios elementos dignos de ser señalados. En primer lugar, lo considera una “experiencia sensorial y emocional”, es decir, es algo más que una sensación transmitida por los nociceptores, tiene un mayor alcance que una mera y simple respuesta fisiológica, pues “experiencia” remite a un nivel de vivencia de más hondo calado que la sensación. Si bien es cierto que el común de los mortales lo vive como “desagradable”, tal como se apuntaba anteriormente, puede ser tenido el dolor como una experiencia privilegiada; a ello volveremos. Además, la definición lo relaciona con un “daño real o potencial”, lo que quiere decir que no sólo interviene en la experiencia dolorosa un estímulo inmediato, sino la posibilidad de ser afectado por la imaginación, de poder ser experimentado, con fundamento o no, por una capacidad de anticipación que, precisamente, puede venir dada por una experiencia previa.

Para finalizar, el daño lo es de “algún tejido o que se describe en términos de tal daño”. Esta última adjetivación nos lleva a otro plano, a aquel en el que ya no queda establecida una clara y precisa línea entre el dolor corporal y el dolor anímico o psíquico; con ello, el dolor se nos manifiesta como una experiencia bajo la que también se puede registrar un estado de ánimo, una vivencia interior o la pérdida, en el sentido más amplio de la palabra, de un ser querido. Conviene, en este sentido, tener presentes las metáforas que empleamos para describir un dolor psíquico, quizá la más socorrida de ellas sea la de “se me parte el corazón”, ante una situación penosa de carácter anímico.

Admitidas estas consideraciones, quisiera abundar en la característica de “experiencia” como vivencia del dolor. Si se parte del supuesto de que el ser humano, más que responder a los estímulos fisiológicamente y mimetizarse con un medio, vive en un mundo al que dota de sentido, toda experiencia, entonces, de una u otra forma queda integrada en su trama conceptual y, así, el dolor, como experiencia que es, también encuentra un lugar, un sentido, en el imaginario humano; diría, con Jünger, “como criterio el dolor es inmutable; variable es, en cambio, el modo y manera como el ser humano se enfrenta a él”.⁶ Esto quiere decir que según sea la época histórica o el entorno social, además de la personalidad propia de cada uno, la experiencia dolorosa, aún siéndolo, será interpretada de acuerdo a diferentes criterios.

El desgarrar, pongamos por caso, que experimenta Job y las imprecaciones que le dirige a Yahvé provienen de su incapacidad para dar sentido a la penosa

situación a la que fue conducido, pérdida de los bienes, de los hijos y de la salud. En su concepción del mundo, quien sufre, quien padece algún mal es porque cometió una falta contra los decretos de Dios, haciendo repaso de su vida no encuentra ningún motivo de castigo. De ahí su trágica situación, pues a la desgracia padecida se le añade la angustia de su incompreensión. Un cristiano puede darle varios sentidos al dolor; así, puede verlo como un castigo, que enlaza con la falta cometida por Adán, pero también como un privilegio, como un don de Dios, pues, participa de la pasión de Jesús, cuya muerte en la cruz para redimir a todos los hombres permanece como insondable misterio. En todo caso, es manifiesta la disparidad entre la exigencia de Job por encontrar la causa de su dolor y su aceptación por parte del cristiano. Incluso es querido por parte de algunos creyentes, tal sería el caso de los disciplinantes o quienes portan un cilicio, para mortificar el cuerpo, o de “ciertas formas de piedad o de misticismo que hacen de cada día un camino de cruz simbólica, un nuevo recorrido de la Pasión”.⁷

Con la emergencia de una mentalidad racionalista que pretende explicar toda la realidad desde el conocimiento científico, cuyo modelo es la física, el dolor y el mal constituyen un problema perturbador, de ahí que se les intente buscar una razón; a tal fin, para Hobbes, “el mal son las apariencias, lo plural y su conflicto, las escisiones dolorosas, la contingencia, la particularidad irreductible a reglas generales. El bien, o la superación del mal y del miedo que genera, es lo general, lo eterno, lo inmutable. Tales cosas no excluyen el dolor, pero le dan un sentido ‘más alto’, no eliminan la crueldad pero la ‘justifican’, no eluden la violencia o la coacción, pero la ‘legitiman’. Todo este increíble intento de superar el mal o, mejor, de armonizarlo, no es más que una variante para escapar del tiempo, para enfrentar el azar y lograr control sobre las condiciones de la crueldad”.⁸

Si a estas consideraciones le añadimos que distintos grupos humanos, tal como lo constató Zborowski en relación con judíos, italianos y norteamericanos, heridos en la Segunda Guerra Mundial, reaccionaban de forma distinta ante el dolor, que no es lo mismo el dolor y sus secuelas para un héroe de guerra, quien, si bien herido, cuenta con una cierta consideración social, que para un obrero accidentado, de forma que no pueda trabajar,⁹ o que según las edades también se vive de diferente manera la experiencia dolorosa,¹⁰ no se

nos oculta, en definitiva, el carácter experiencial y, por tanto, dotado de sentido que adquiere la vivencia dolorosa, sin olvidar, asimismo, que incluso dentro de cada grupo humano, de cada forma de ver el mundo, cada sujeto colorea con su particularidad dicha experiencia.

Una precisión más en torno al tipo de personaje mismo. Podemos preguntarnos si nuestro héroe es un personaje de carácter o de destino; es decir, si es un arquetipo, que siempre se repite, sean cuales sean las situaciones en las que se encuentre, personajes que viven en un eterno presente, o lo es de destino, uno, épico o trágico, que sale o comienza y vuelve o muere y en el ínterin tienen lugar múltiples acciones. Siguiendo a Rafael Sánchez Ferlosio, diremos que Don Quijote, “es un personaje de carácter pero cuyo carácter consistía precisamente en creerse, en querer ser o en pretenderse un personaje de destino, cuya epopeya pudiese ser un día contada. Y aún más, me atreveré a decir que aquel personaje de destino y arrostrando y sufriendo todas sus dolorosas consecuencias, fue como el Cristo de los caballeros, que bajando a los infiernos de la caballería, redimió a aquellos condenados de la maldición eterna del destino”.¹¹ En otro lugar afirma, “la manifestación del carácter en su plenitud, que es igual que decir ‘en su gratuidad’, es privilegio eminente de la comedia. La palabra ‘drama’ quiere decir precisamente ‘acción’, y es la acción, la acción con sentido, la proyección de intenciones y designios, los trabajos racionalmente dirigidos al logro de los fines, lo que constituye un ‘argumento’ en el sentido fuerte, y no pertenece por lo tanto al orden del carácter, sino al orden del destino”.¹²

El orden del carácter se sale del tiempo, se agota en sí mismo sin remitir a ninguna otra instancia, mientras que el orden del destino requiere un tiempo con sentido, un tiempo en el que quedan insertas las experiencias de los protagonistas. Bajo este punto de vista, don Quijote está en la encrucijada entre los dos órdenes. De manera que si Sancho Panza es un claro ejemplo de un personaje de carácter, parecería que don Quijote funda en sí mismo las dos vertientes. Este carácter de destino le viene dado a nuestro caballero por él

mismo, cuando se imagina cómo un sabio contará los famosos hechos de los que él será protagonista en el segundo capítulo de la Primera Parte. Ahora bien, dado que ser personaje de destino lo es porque así lo quiere su carácter, resultaría que su condición última es la de ser un personaje de carácter.

Es muy compleja la relación que existe entre el dolor y la comedia, entre el dolor y el placer. Desde un punto de vista sociológico, aquel sujeto de burla y risa suele ser, en la literatura clásica, un hombre del pueblo, un villano, que recibe golpes, que se expresa con tosquedad o que no comprende lo que ocurre a su alrededor.¹³ También cambia dicha relación con el paso del tiempo, un ejemplo contemporáneo podría proporcionárnoslo el cine; en sus inicios, las películas basaban su comicidad en la serie de golpes que recibían los personajes, hoy en día apenas consiguen una sonrisa del espectador. Freud, asimismo, se internó en el estudio del chiste y del humor a los que considera medios civilizados de agresión y técnicas cuyo fin es el de recuperar los placeres de la conciencias infantil.¹⁴

Los contemporáneos de Cervantes vieron en *El Quijote* una obra cómica, carente de la gravedad exigida a una obra literaria para ser clásica. Con el tiempo fue visto de forma diferente, se decía más arriba que fue el romanticismo alemán el que introdujo la visión de don Quijote como alegoría del idealismo que se estrella contra una vulgar y prosaica realidad. Otra versión romántica reprocha a Cervantes su cinismo e irresponsabilidad por haber condenado por vano todo idealismo al presentar a un Quijote ridiculizado y martirizado, es el caso de Byron cuando escribe: “De todas las historias, la más triste,/ más triste aún: nos mueve a sonreír/ un héroe justo en mor de la justicia./ Frenar a los aviesos es su meta,/ llevar las de perder, su recompensa:/ ¡su locura radica en la virtud!/ pero si es aventura que entristece,/ más nos contrista la lección moral/ de esa epopeya real en nuestras mentes”.¹⁵ Esta interpretación dio lugar a ver a don Quijote como un doliente Cristo del que se mofan todos aquellos con los que se encuentra, que lo ridiculizan y lo escarnecen.¹⁶ Una visión más restrictiva y unilateral, desde este punto de vista, es la de

Vladimir Nabokov. En opinión del autor de *Lolita*, “¿qué decir de la crueldad que se repite a lo largo de toda la obra —con o sin el propósito deliberado o la aprobación del autor— y ensucia su comicidad? [...] Las dos partes del Quijote componen una auténtica enciclopedia de la crueldad. Desde ese punto de vista, es uno de los libros más amargos y bárbaros de todos los tiempos. Y su crueldad es artística”.¹⁷

Estas concepciones de don Quijote parten del punto de vista de los otros personajes que hacen burla de él, como los duques, o le engañan, como el mismo Sancho que en el capítulo X de la Segunda Parte “encanta” a Dulcinea, o del punto de vista del lector, testigo de todos los escarnios y padecimientos del personaje. Mi interés, sin embargo, es el de acercarme al sentido que le da a su dolor Don Quijote. Sería una perspectiva, si se nos permite la licencia de apropiarnos de esa distinción antropológica, emic. Es decir, de la misma manera que desde una perspectiva etic podemos afirmar que Colón llegó a las islas del Caribe y desde una emic que no ocurrió tal, pues creía encontrarse en las cercanías de Cipango, Japón, de esa misma manera nos interesa la vivencia interna del dolor de Don Quijote, no la función que ese dolor, generalmente de carácter cómico, despierta no sólo en el lector, sino en los mismos personajes que son testigos, en ocasiones hacedores, de sus cómicas desgracias. Por ello, las preguntas pertinentes serían: ¿cómo vive Don Quijote su dolor?, ¿qué sentido le da?

Don Quijote, asumiendo que es un personaje de destino porque lo quiere su carácter, sería un ejemplo de lo que algunos antropólogos llaman condicionamiento ideológico de la percepción.¹⁸ Es decir, la realidad la acomoda y la ve, en la mayoría de las ocasiones, a partir de esa idea previa con la que sale al campo de Montiel. Esto se pone de manifiesto en gran parte de las situaciones descritas más arriba. Veámoslo.

Serían tres los tipos de situaciones dolorosas en las que se ve envuelto don Quijote, aquellas que podríamos llamar “naturales”, las que son consecuencia del desempeño de su ejercicio como campeón de la justicia y de la orden de caballería y las que interpreta como producto de diversos encantamientos. Así, los estacazos de los yangüeses, las pedradas de los vecinos del pueblo del rebuzno que se creyeron burlados por Sancho, la pelea con su escudero y el pasaje en el que caballero y escudero son pisoteados por una piara de cerdos,

son cuatro situaciones que pertenecerían a las que llamamos “naturales”, puesto que son interpretadas por don Quijote como consecuencia de una reacción a una acción de Rocinante, de la imprudencia de Sancho, del enojo del escudero ante sus exigencias de que se azote y, en último lugar, de la mala fortuna de que descansan en un lugar por donde habría de pasar aquella piara.

Son de distinto carácter las del segundo grupo. Las pedradas que recibe de los arrieros cuando vela las armas, cuando don Quijote apremia a los mercaderes a que confiesen que no hay doncella más hermosa que Dulcinea, cuando deja en libertad a los galeotes, cuando realiza penitencia en Sierra Morena y cuando desafía a los toros, en todas estos pasajes, don Quijote vive su situación y las consecuencias dolorosas que de ella se derivan como propias de su condición de caballero andante, cuya misión es la de restablecer la justicia conculcada y la defensa de los débiles. Dentro de esta categoría, estaría la del enfrentamiento con Cardenio, donde se ve obligado a defender el honor de un personaje de ficción, que para él no lo es, pues como se lo recuerda al canónigo en el capítulo L de la Primera Parte, “los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos [...] de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habrían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad [...]”. A este grupo pertenece también, cómo no, el combate y la derrota con el Caballero de la Blanca Luna, aquel funesto día en la playa de Barcelona.

Están, por último, aquellas que interpreta como resultado de ese mago enemigo que le niega la posibilidad de mostrar su valor y fortaleza. A él hay que atribuir la conversión de los gigantes en molinos de viento y de los ejércitos en rebaños de ovejas; también son producto de encantamiento la doble serie de golpes recibidos en la venta aquella triste noche, ahora don Quijote cree que es un moro encantado que guarda celosamente un tesoro el que se los propina a él y a Sancho. También en esa misma venta es encantado el caballero cuando le atan la mano estando sobre Rocinante, por último, producto del encantamiento son los arañazos del gato en aquella aciaga noche en casa de los duques y de “las fantasmas” los fieros pellizcos que le propinaron la duquesa y su doncella, noches después, de la aventura gatuna.

En resumidas cuentas, don Quijote le da un sentido al dolor, lo tiene desde ese que llamamos “condicionamiento ideológico de la percepción”, es decir desde su particular punto de vista capaz de integrar todo lo que ve, vive y experimenta como un personaje que se quiere de destino. Un destino que le exige, además, no quejarse al sufrir algún dolor; después del descalabro de los molinos de viento, camino de Puerto Lápice, Sancho le dice, “a la mano de Dios. Yo lo creo todo así [el que un caballero había hecho una lanza de una rama, le decía don Quijote] como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída”. “Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella” (cap. VIII).

Dedico un breve comentario a la experiencia del dolor de una contemporánea de don Quijote; por cierto, también aficionada a los libros de caballerías, “yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella [su madre] vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento”.¹⁹ Es decir, en su primera juventud, Teresa de Ávila (1515-1582) se vio arrastrada por el inquietante vendaval de la lectura, como nuestro héroe.

En un pasaje de la crónica de su vida, que da pie a las más simples y mecánicas interpretaciones psicoanalíticas sobre la sublimación, describe sus arrobamientos, el fenómeno conocido como la transverberación, en los siguientes términos, “vía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino de maravilla. [...] No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. [...] Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter con el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las

llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone ese grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento. Los días que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado”.²⁰

Ve un ángel, pero no es un ángel cualquiera; ella misma señala que debe ser un querubín. El Seudo-Dionisio, en sus *Jerarquías celestiales*, establece nueve clases de ángeles distribuidos en tríadas, la primera de las cuales, serafines, querubines y tronos, se caracteriza por dirigir su actividad hacia Dios, sus rostros están vueltos siempre hacia Él, hacia nosotros la espalda. Esta primera jerarquía, que danza incesantemente alrededor de Dios, está asociada al ardor²¹ —rojo como un querubín, decimos—, de ahí que la experiencia de Teresa, en este sentido, está conforme con la tradición cristiana; lo encendido del rostro del ángel, el color del dardo y el fuego que tiene en su extremo y cómo queda ella abrasada son todas ellas ideas y sensaciones relacionadas con el calor cuya fuente es el amor. Lo extraño en este pasaje es que sea un querubín el que se le aparece, pues, según el Seudo-Dionisio, esta jerarquía tiene siempre el rostro dirigido hacia Dios, repárese en que el ángel que anuncia a la Virgen su estado es un arcángel, perteneciente a la tercera jerarquía. Es decir, de manera excepcional se le aparece un ser que está relacionado directamente con Dios y que le transmite su mensaje de amor; un amor que la inflama, que la llena, que le invade el alma y el cuerpo y que da en una máxima experiencia de unión con Dios cuya paradójica vivencia culmina en un dolor tan intenso como querido. En resumidas cuentas, el arrobamiento místico, en versión de Juan de la Cruz, un arrobamiento en el que la amada, el alma, se funde con el amado, Cristo.

En el caso de la experiencia de Teresa de Ávila se nos presentan dos de las características del dolor aludidas anteriormente. En primer lugar, los difusos límites entre dolor físico, dolor psíquico, de tal forma que “no es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto”;

hay un continuo de las vívidas impresiones provocadas por la visión del ángel a la experiencia somática que, si en un principio parece que no es tan acusada esa participación, al final admite que el dolor corporal es “harto”. En segundo lugar, es evidente la significación que adquiere el dolor para Teresa, que, como se había señalado también con anterioridad, entraría dentro de quienes desde una particular interpretación del cristianismo lo viven como experiencia que les acerca al dolor padecido por Jesús. Una vivencia que recuerda, en cierto modo, los dos dolores a los que se refería Santa Catalina de Siena, siglo XIV, el físico y transitorio que se padece en nombre de Dios, cuya ausencia, paradójicamente, provoca un fuerte dolor espiritual,²² de tal forma que el dolor corporal sería un medio y un símbolo de su unión con Dios.

Hay que recordar que a finales del siglo XV y durante el siglo XVI tuvieron lugar en la Península Ibérica diversos movimientos religiosos que rozaban la heterodoxia —en opinión, claro está de la Iglesia oficial, que era la que definía qué era lo ortodoxo, qué lo herético— tales como los dejados, los alumbrados, de carácter milenarista y escatológico, ciertas interpretaciones de Erasmo y la mística. Sea la mística una tradición propia de la Península, donde la judía y la árabe florecieron en los siglos XII y XIII y de ellas pasaron a Raimundo Lulio, sea, lo que parece más probable, dada la expansión comercial de Castilla hacia los Países Bajos y la estancia de estudiantes en París, una religiosidad proveniente del Norte de Europa, con la traducción de las obras de los místicos flamencos y alemanes en la época de los Reyes Católicos, el caso es que prendió con especial fuerza y vigor en el siglo XVI. Teresa de Ávila, entonces, vive de una forma particular la experiencia religiosa, la de la mística, que conlleva un fuerte sentido de la intimidad y del valor de la vivencia propia y personal.²³

Pero, no sólo por el ambiente de la época se ve llevada a la mística, Teresa encuentra en la lectura una fuente de inspiración, “porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego disbaratada el alma y los pensamientos perdidos: con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Parecíame a mí en este principio, que digo, que teniendo libros, y como tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien”.²⁴

¿Por qué, en una aproximación al Quijote apareció Teresa de Ávila?, ¿qué tiene que ver un personaje literario lanzado a revivir el mundo de la caballería con una monja proclive al misticismo? Más de lo que a primera vista pueda parecer. En primer lugar, ambos son lectores, es más, Teresa de Ávila se inició en la lectura a través de los libros de caballería, como don Quijote; con el tiempo, una vez dedicada de lleno a la oración y a una vida consagrada a Dios, sus lecturas le eran imprescindibles para recogerse y centrar sus pensamientos en asuntos de devoción. Igualmente, don Quijote siempre encuentra algún referente literario en cualquiera de las situaciones en las que se encuentra. Por ello, los dos son tributarios del libro, de la era de la imprenta, de la lectura silenciosa, de la facilidad para poder adquirir libros en relación con épocas anteriores. En segundo lugar, si bien es cierto que cada uno lo hace desde su particular forma de estar en el mundo, los dos le dan un sentido especial al dolor, don Quijote desde su misión caballeresca, Teresa desde la inmersión en la divinidad. Y, en tercer lugar, aunque los dos son deudores de su época, de su entorno, del mundo en el que aparecieron, precisamente porque lo son, muestran un carácter que adquiere cada vez más intensidad que en tiempos anteriores, me refiero a su radical individualismo.

Es cierto que, desde una perspectiva contemporánea “el término ‘individualismo’ es todo menos unívoco. Puede referirse tanto a la creciente privatización y atomización de la vida cotidiana, como al respeto a la dignidad de las personas; tanto al egocentrismo e indiferencia de los miembros de la masa, como al derecho de reconocimiento de los derechos a la diferencia; tanto al derecho de desarrollar una personalidad autónoma como al egoísmo exacerbado e incluso al narcisismo. [...] Por una parte, existe el proceso histórico de reconocimiento social al valor de la persona y al derecho a la constitución de una identidad personal, lo que habitualmente se denomina ‘proceso de individuación’, cuyo origen se puede rastrear desde los griegos, y que ha tenido hitos importantes en el cristianismo, el Renacimiento y la Ilustración. Por otra parte, la reflexión acerca de lo que el proceso de individuación ha significado y en qué ha desembocado en la época actual, que tiene una historia relativamente breve, aunque muy intensa”.²⁵ Es decir, el siglo XVI, así como

las otras épocas apuntadas, fue un momento histórico relevante en lo que se refiere a una visión del ser humano desde la perspectiva de su individualidad; algo que ya había sido señalado por J. Burckhardt en la segunda parte de su clásica obra, titulada “El desarrollo de lo individual”.

Diríamos que destaca en ellos su personalidad, una personalidad, eso sí, forjada por sí mismos y moldeada por su expresa voluntad de afirmarse en lo que son porque así lo quieren.²⁶ Teresa de Ávila encuentra en la religiosidad más íntima el camino para vivir por sí misma la comunión con Dios. De hecho, existe una sutil, pero profunda, relación entre la mística y la vivencia religiosa expresada por la Reforma. A pesar de las muestras de acatamiento a la autoridad eclesiástica la monja es vista con recelo y suspicacia, al cabo presenta una inquietante afinidad con los reformadores del Norte, la de vivir la religión como un asunto absolutamente personal entre ella y Dios, en donde, por tanto, resultan fuera de lugar quienes pretenden ser los únicos intermediarios legítimos entre el creyente y la divinidad.

En don Quijote los rasgos que perfilan esta dimensión de individualidad adquieren, si cabe, una mayor intensidad. Ya como personaje mismo literario se crea a sí mismo como un personaje de destino, tal como quedaba reflejado anteriormente. Las convenciones sociales, los aspectos más prácticos de la vida o las consecuencias que se deriven de sus actos no las tiene presentes en ningún momento a la hora de tomar una decisión y llevarla a cabo. Él se rige únicamente por aquellos principios que hizo suyos al tomar la determinación de ser un destino; cuando Sancho queda asombrado al enterarse de que Dulcinea es Aldonza Lorenzo, don Quijote le aclara el misterio, así como las amadas de los poetas no responden al retrato elaborado por sus enamorados, así también él forja a Dulcinea con los atributos que según su parecer más la enaltecen. Y otro tanto se puede decir de su vivencia del dolor. Una vez elegido su personaje, las experiencias dolorosas de don Quijote también pasan a formar parte del carácter de su destino.

Notas

1. Italo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1999 (original en italiano, 1991), p. 15.
2. Anthony Close, *La concepción romántica del Quijote*, Barcelona, Crítica, 2005 (nueva edición de la primera publicada en inglés en 1978).
3. Ganador del 12º Premio Internacional de Ensayo Jovellanos 2006 con *La ideología española*, publicado en Gijón, Nobel, 2006, la reseña periodística en *El País*, 3 de febrero de 2006.
4. Citado por David Morris, *La cultura del dolor*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996 (original en inglés, 1991), p. 103.
5. David Morris, *La cultura del dolor*, *op. cit.*, p. 17.
6. Erns Jünger, *Sobre el dolor*, Barcelona, Tusquets, 1995 (original en alemán, 1934), p. 13.
7. David Le Breton, *Anthropologie de la douleur*, Paris, Métailié, 1995, p. 91.
8. Rafael del Águila, *La senda del mal: Política y Razón de Estado*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 38-39. Similares son las apreciaciones de Ocaña, “desde los orígenes religiosos de la cultura hasta la configuración de la teodicea como género filosófico, lo reactivo a la regularidad-inteligibilidad, el dolor, la enfermedad o la muerte, y la irracionalidad ética del universo formaron una tríada de males estrechamente relacionados. La misma estructura ontológica de la metafísica occidental no sería ajena a ese triple desafío. Su objetivo sería asegurarse contra el mal con pólizas de seguro que estipulen garantías de verdad y certidumbre con mayor fundamento que la visión mítica”, Enrique Ocaña, *Sobre el dolor*, Valencia, Pre-Textos, 1997, p. 27.
9. D. Le Breton, *op. cit.*, *passim*.
10. Hebe Lenarduzzi, “El dolor en el niño”, Marcela López, “El dolor en la adultez”, Leopoldo Salvarezza, “El dolor en la tercera edad”, en Rodolfo D’Avila (compilador), *El dolor. Un enfoque interdisciplinario*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
11. Rafael Sánchez Ferlosio, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Barcelona, Destino, 1993, p. 178.
12. Discurso de Rafael Sánchez Ferlosio en la ceremonia de entrega del Premio Cervantes 2004 leído el 23 de abril de 2005.
13. Véase el documentado estudio de Noel Salomon, *Lo villano en el teatro del siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1985.
14. D. Morris, *op. cit.*, pp. 102-103.
15. Citado por A. Close, *op. cit.*, p. 88.
16. *Cfr.* Fernando del Paso, *Viaje alrededor de El Quijote*, México, F.C.E., 2004, especialmente el capítulo “Don Quijote de nuevo crucificado”, pp. 163-191.
17. Vladimir Nabokov, *Curso sobre El Quijote*, Barcelona, Ediciones B, 2004 (original en inglés, 1982, aunque el curso fue impartido en el año académico 1951-52), pp. 84-85.

18. Juan Aranzadi, *Good-bye ETA (y otras pertinencias)*, San Sebastián, Hiria, 2005, p. 15.
19. Santa Teresa de Jesús, *Las moradas. Libro de su vida*, México, Editorial Porrúa, 1966, p. 119 (capítulo II).
20. *Ibid.*, p. 238.
21. C.S. Lewis, *La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y renacentista*, Barcelona, Bosch, 1980, pp. 53-55.
22. D. Morris, *op. cit.*, p., 153.
23. Américo Castro, *Santa Teresa y otros ensayos*, Madrid, Historia Nueva, 1929, pp. 9-63.
24. *Op. cit.*, p. 126.
25. Lidia Girola, *Anomia e individualismo. Del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*, Barcelona, Anthropos, 2005, pp. 149-150.
26. Cfr. Ian Watt, *Mitos del individualismo moderno. Fausto, Don Quijote, Don Juan y Robinson Crusoe*, Madrid, Cambridge University Press, 1999 (original en inglés, 1996).